



Burocracia desbocada

El control burocrático de la enseñanza universitaria y de la investigación científica en los organismos públicos españoles se está convirtiendo en una carga excesiva para profesores e investigadores, lo que repercute negativamente en sus obligaciones primarias de enseñar e investigar. En un esfuerzo loable por controlar el gasto público, la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación) está haciendo un seguimiento exhaustivo de las universidades españolas y el MEC (Ministerio de Educación y Ciencia) y el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) de los grupos e institutos de investigación.

Sin embargo, el camino seguido es demasiado complejo y equivocado: se basa en abrumar a profesores e investigadores con cuestionarios e informes interminables donde deben reflejar todo tipo de datos estadísticos. El problema es que la calidad de las universidades e institutos de investigación no es cuantificable de una forma tan directa. La calidad docente que la sociedad percibe en las universidades de Cambridge o de Harvard no se basa en multitud de datos estadísticos sobre el alumnado o el profesorado: está soportada por haber reclutado durante muchos años como profesores a grandes científicos, muchos de ellos con el premio Nobel. Del mismo modo, la calidad investigadora que la sociedad percibe en laboratorios como el European Molecular Biology Laboratory (Heidelberg) o el Cold Spring Harbor Laboratory (Nueva York) no se basa en informes sobre el plan estratégico de los laboratorios, sino en el prestigio de sus investigadores soportado por publicaciones en las mejores revistas científicas.

La conclusión es que los organismos públicos que controlan las universidades y grupos y centros de investigación deberían disminuir drásticamente su burocracia y sustituirla por el buen sentido de científicos importantes, españoles y extranjeros.

Suele objetarse que, en el caso de la enseñanza universitaria, la calidad del

profesorado no debería medirse solamente por la categoría científica de los profesores. Sin embargo, a escala universitaria, la motivación debe ser el eje de la formación y ello se consigue con profesores entusiasmados por la investigación de nuevos fenómenos y aplicaciones, los únicos que pueden estimular las mentes de los alumnos.

Valga una anécdota a modo de ejemplo. Cuando en los años ochenta comenzó a desarrollarse la ingeniería genética tuve dos experiencias de aprendizaje muy distintas. En una de ellas, un profesor universitario tradicional dio una perfecta lección magistral, probablemente la misma que había dado en sus oposiciones a cátedra, detallando todos los aspectos de esta nueva metodología. Fue una conferencia soporífera y saqué la conclusión de que no valía la pena. Al poco tiempo, un profesor del Massachusetts Institute of Technology dio una desordenada conferencia, pero transmitiendo su entusiasmo por lo que la ingeniería genética podía aportar para desentrañar los secretos mecanismos de los seres vivos y puso un ejemplo concreto en la regulación de genes de biosíntesis de aminoácidos por un elemento común de promotor que unificaba sus respuestas. Me fui corriendo a su laboratorio a aprender ingeniería genética. El primer profesor era un número uno de oposiciones. El segundo, un gran investigador. Entonces comprendí por qué los profesores universitarios deben ser investigadores. Aquel descubrimiento de hace años es el que me lleva a pensar que los procedimientos burocráticos de control de la calidad de la enseñanza y la investigación no son adecuados, porque el entusiasmo y la motivación no están reflejados en ningún cuestionario. #

Ramón Serrano

INSTITUTO DE BIOLOGÍA MOLECULAR
Y CELULAR DE PLANTAS (IBMCP)
CIUDAD POLITÉCNICA
DE LA INNOVACIÓN
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA
DE VALENCIA-CSIC